

CARA O CRUZ

A Jesús le interrogan -no sin mala fe- sobre la licitud de pagar los impuestos. Bastaba una sola palabra inoportuna en aquel turbulento ambiente judío para provocar la ira del pueblo o la dura represión romana. “¿De quién es esta imagen?”... pues “*dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*”. Los oyentes se admiraron de la respuesta, quizás porque no la entendieron; de haberla entendido se habrían percatado de que iba tanto contra los judíos -que regulaban la política con la religión haciendo de Dios un César- como contra los romanos -quienes regulaban la religión con la política haciendo del César un Dios-.

Todos hemos jugado alguna vez a cara o cruz. También, como rito de apertura de un encuentro deportivo, vemos lanzar la moneda al aire para sortear qué equipo saca y/o elige campo. La presencia de la moneda demuestra, por sí sola, que tiene validez el dominio de aquel cuya imagen lleva grabada: el dinero pertenece al César, al poder. Pero el dinero no tiene sólo la cara del poder y el brillo del tener. Tras la cara está el reverso: detrás del dinero está la cruz, el cúmulo de sufrimientos que genera su idolatría; y la cantidad de dolor ocasionado por la avaricia, el lucro desmedido, el robo... Y nadie representa mejor ese sufrimiento que “el Crucificado”.

En el reino del César cuenta el dinero; en el Reino de Dios la redención del hombre: “Dad a Dios lo que es de Dios”. En el imperio se jugaba dramáticamente a cara o cruz la vida de los creyentes. **Proclamar que “el César es Señor” otorgaba respeto social; proclamar que “sólo Cristo es Señor” llevaba a las fieras.** Frente a quienes no veían más salvación que la procedente del César -y del dinero-, **surgía otra civilización que liberaba, y que venía de un Dios que se había hecho hermano de los hombres hasta el absurdo de la cruz.**

Ésta ha sido siempre la Buena Noticia, el anuncio gozoso que ha proclamado la Iglesia. Desde el tiempo de los apóstoles hasta hoy mismo. ¡Ayer, hoy y siempre! Este domingo es el día del **DOMUND**. “*Aquí estoy, envíame*”, es el lema de este año. **El fin de toda actividad misionera** es precisamente ayudar a extender esta Buena Noticia en un mundo cansado de desgracias y de malas noticias, **anunciar a todos la posibilidad de nacer y renacer al encuentro con Dios.**

Y este anuncio es universal, se hace en cualquier país y/o cultura, y conviviendo siempre con gozos y cruces, con aplausos y persecuciones, porque... ¡aún sin ser del mundo, los creyentes viven en el mundo!, usan sus servicios y pagan honradamente sus impuestos, pero, ciudadanos al mismo tiempo del Reino de Dios, cuando el César se diviniza y se erige en señor absoluto, que no sirve sino que domina al hombre, estalla el conflicto entre Cristo y el César... Ayer y siempre.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM